

PAT BARKER

Regeneración



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

PAT BARKER

Regeneración

Traducción de
Carlos Milla e Isabel Ferrer

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

*Para David, y en recuerdo del
Dr. John Hawkings
(1922-1987)*

Primera parte

I

Para mí se acabó la guerra

Declaración de un soldado

Hago esta declaración en un acto de desafío consciente a la autoridad militar, porque, a mi juicio, aquéllos con el poder necesario para poner fin a la guerra están alargándola intencionadamente.

Soy un soldado, convencido de que actúo en representación de otros soldados. Creo firmemente que esta guerra, que era una guerra de defensa y liberación cuando entré en ella, ha degenerado ahora en una guerra de agresión y conquista. Creo firmemente que las razones por las que mis compañeros de armas y yo entramos en esta guerra deberían haberse definido con tal claridad que fuera imposible cambiarlas y, de haberse hecho así las cosas, los objetivos que entonces nos impulsaron a la acción podrían alcanzarse ahora por medio de la negociación.

He visto y padecido el sufrimiento de la tropa, y ya no puedo seguir siendo cómplice en la prolongación de dicho sufrimiento con fines que considero malévolos e injustos.

No protesto por cómo se ha dirigido la guerra, sino por las falsedades y errores políticos debido a los cuales se sacrifica a los combatientes.

En representación de aquéllos que ahora sufren, expreso esta protesta contra el engaño del que son víctimas; pero también creo firmemente que puedo contribuir a la erradicación de la insensible autocomplacencia con que en nuestro país la mayoría se plantea la prolongación de padecimientos que no comparte ni puede concebir por falta de imaginación.

S. SASSOON
Julio de 1917

Bryce esperó a que Rivers acabara de leer antes de volver a hablar.

—La «S» es de «Siegfried». Por lo visto, consideró que era mejor no incluirlo.

—Y con razón, eso desde luego. —Rivers plegó la hoja y deslizó las yemas de los dedos por el borde—. ¿Van a enviarlo aquí, pues?

Bryce sonrió.

—Bueno, creo que se trata de algo más concreto que eso: van a mandártelo a ti.

Rivers se puso en pie y se acercó a la ventana. Hacía buen día, y muchos pacientes veían un partido de tenis en los jardines del hospital. Oyó el golpeteo de las raquetas, y un grito de frustración cuando una pelota fue a parar a la red.

—¿Supongo que está... «traumatizado por el combate»?

—Según la Comisión, sí.

—Se me ocurre que en vista de esto —dijo Rivers, sosteniendo en alto la declaración—, no vendría mal un diagnóstico de neurastenia.

—El coronel Langdon presidió la Comisión. Ciertamente da la impresión de que eso es lo que él piensa.

—Langdon no cree en los traumas de combate.

Bryce se encogió de hombros.

—Tal vez Sassoon no hizo más que farfullar incoherencias en medio de la sala.

—«Ése es un gallina, muchacho.» Yo sé bien de qué pie cojea Langdon. —Rivers volvió a su silla y se sentó—. A mí esto no me suena incoherente, ¿no te parece?

—¿Acaso su estado mental tiene alguna importancia? —preguntó Bryce con cautela—. ¿No crees que para él será mejor estar aquí que en la cárcel?

—Mejor para él, quizá. Pero ¿y para el hospital? ¿Te imaginas lo que dirá nuestro querido director de Servicios Médicos cuando se entere de que estamos dando refugio no sólo a cobardes, escaqueadores, zánganos y degenerados, sino también a objetores de conciencia? Confiemos en que no haya publicidad.

—La habrá, mucho me temo. La declaración se leerá en la Cámara de los Comunes la semana que viene.

—¿Quién la leerá?

—Lees-Smith.

Rivers le quitó importancia con un gesto.

—Sí, ya, lo sé. Aun así, eso implica prensa.

—Y el ministro aducirá que no se han aplicado medidas disciplinarias porque el señor Sassoon padece un grave trastorno mental, y por consiguiente no es responsable de sus actos. No sé si yo preferiría eso a la cárcel.

—Dudo que haya tenido elección. ¿Lo aceptarás? —preguntó Bryce.

—¿Quieres decir que yo sí tengo elección?

—En vista del número de pacientes que tratas, sí.

Rivers se quitó las gafas y se frotó los ojos.

—Al menos se habrán acordado de enviar el expediente, espero.

Sassoon se asomó por la ventana del vagón, aún medio esperando ver a Graves acercarse por el andén con sonoros pasos, más despeinado que de costumbre. Pero ya habían empezado a cerrarse las puertas del tren, y el andén permanecía vacío.

Sonó el silbato. Al instante vio filas de hombres de rostro grisáceo que, hablando entre dientes, trepaban por escaleras de mano para enfrentarse a las armas. Apartó la imagen de su mente con un parpadeo.

El tren se puso en marcha. Ya era tarde para Robert. El prisionero llega sin escolta, pensó Sassoon a la vez que abría la puerta corrediza interior del vagón.

Anticipándose una hora a la salida del tren, había conseguido un asiento de ventanilla. Avanzó entre la maraña de pies. Un anciano párroco, dos hombres de mediana edad, ambos con aspecto de haber sacado partido a la guerra, una muchacha y una mujer mayor, que obviamente viajaban juntas. El tren dio una sacudida en un cambio de agujas. Todos se mecieron y tambalearon. Sassoon tropezó y casi cayó en el regazo del párroco. Musitó una disculpa y se sentó. Miradas de admiración, y no sólo de las mujeres. Sassoon se volvió hacia la ventanilla y encorvó los hombros para aislarse de todos ellos.

Al cabo de un rato dejó de fingir que contemplaba las chimeneas humeantes de las barriadas de Liverpool y cerró los ojos. Necesitaba dormir, pero el rostro de Robert flotaba ante él, blanco y crispado como el domingo anterior, hacía casi una semana, en el salón del hotel Exchange.

Por un momento, al alzar la vista y ver la figura vestida de caqui de pie en el umbral, pensó que volvía a tener alucinaciones.

–Robert, ¿qué demonios haces aquí? –Se levantó de un salto y, corriendo, atravesó el salón–. Has venido, gracias a Dios.

–He conseguido el alta para la reincorporación.

–Robert, no.

–¿Qué otra cosa podía hacer? Después de recibir esto. –Graves hundió la mano en el bolsillo de la guerrera y sacó una hoja de papel arrugada–. No habría estado de más adjuntar una carta.

–Escribí una carta.

–No, Sass. Sólo me mandaste esto. ¿No podías al menos habérmelo comentado antes?

–Estaba convencido de que la había escrito.

Se sentaron en lados opuestos de una mesa baja. La fría luz septentrional entraba a raudales por las altas ventanas, despojando el rostro de Graves del escaso color que tenía.

–Sass, debes dejarlo estar.

–¿Dejarlo estar? No pensarás que he llegado hasta aquí para rendirme ahora, ¿eh?

–Oye, ya has expresado tu protesta. Por si te sirve de algo, coincido contigo punto por punto. Pero ya has dicho lo que querías decir. Es absurdo que te conviertas en mártir.

–La única manera de conseguir publicidad es pasar por un consejo de guerra.

–Eso no lo harán.

–Sí lo harán. Es sólo cuestión de perseverancia.

–No estás en condiciones de someterte a un consejo de guerra. –Graves cerró el puño–. Si tuviera a Russell ahora aquí delante, le pegaría un tiro.

–La idea fue mía.

–Venga, vete a otro con ese cuento. Y aunque así fuera, ¿crees que alguien va a entenderlo? Todos dirán que es cobardía.

–Oye, Robert, tú piensas exactamente lo mismo que yo sobre la guerra, y no haces... nada. De acuerdo, eso es cosa tuya. Pero no me vengas con lecciones sobre la cobardía. Esto es lo más difícil que he hecho en la vida.

Ahora, en el tren con destino a Craiglockhart, seguía pareciéndole lo más difícil. Cambió de posición en el asiento y suspiró, contemplando los trigales inclinados por el viento. Recordó el sonido argénteo del trigo al agitarse, la luz trémula en los tallos. Habría dado cualquier cosa por estar allí, lejos del ambiente cargado del vagón, del picor y la opresión del uniforme.

Ese domingo habían ido en tren a Formby y pasado la tarde vagando sin rumbo por la playa. Un apagado sol invernal alargaba sus sombras por detrás de ellos, de modo que cada uno de sus gestos se reproducía y agrandaba a sus espaldas.

—No permitirán que te conviertas en mártir, Sass. Deberías haber aceptado a la Comisión.

La discusión se había vuelto repetitiva. Quizá por cuarta vez, Sassoon dijo:

—Si agunto lo suficiente, no tendrán otra opción.

—Tienen muchas opciones. —Graves pareció tomar una decisión—. De hecho, he estado moviendo unos cuantos hilos en tu nombre.

Sassoon sonrió para ocultar su enfado.

—Bien. Si has empleado tu tacto habitual, me caerán al menos dos años.

—No te formarán consejo de guerra.

Sassoon, a su pesar, empezó a inquietarse.

—¿Ah, no? ¿Y qué harán entonces?

—Te encerrarán en un manicomio hasta que acabe la guerra.

—Y eso es lo que has conseguido moviendo hilos, ¿eh? Pues gracias.

—No, lo que he conseguido moviendo hilos es que se constituya otra Comisión. Esta vez deberás aceptarla.

—No se puede encerrar a la gente en un manicomio así como así. Hay que tener razones.

—Y ya las tienen.

—Sí, la declaración. Eso no es prueba de que esté loco.

—¿Y las alucinaciones? ¿Los cadáveres en Piccadilly?

Un largo silencio.

—Pensaba que las cartas que te escribí eran privadas.

—Tuve que convencerlos para que te asignaran otra Comisión.

—¿No me formarán un consejo de guerra?

—No. Bajo ninguna circunstancia. Y si sigues rechazando a la Comisión, te encerrarán, eso dalo por seguro.

—Oye, Robert, una cosa así no me lo creería de nadie más que de ti. ¿Me juras que es verdad?

—Sí.

—¿Sobre la Biblia?

Graves sostuvo en alto una Biblia imaginaria y levantó la mano derecha.

—Lo juro.

Sus sombras se proyectaban detrás de ellos, negras sobre la arena blanca. Sassoon aún dudó por un momento. Luego, con voz extrañamente ahogada, dijo:

—De acuerdo, pues: accedo.

En el taxi, de camino a Craiglockhart, Sassoon empezó a experimentar cierto temor. Miró por la ventana las concurridas aceras de Princes Street, pensando que las veía por primera y última vez. No imaginaba lo que le esperaba en Craiglockhart, pero dudaba mucho que dejaran salir a la calle a los pacientes.

Alzó la vista y advirtió que el taxista lo miraba por el retrovisor. En el pueblo todos debían de conocer el nombre del hospital, y cuál era su función. Sassoon se llevó la mano al pecho y empezó a tirarse de un hilo suelto allí donde antes lucía la cinta de la Cruz Militar.

«Por el valor demostrado durante una incursión en las trincheras enemigas. Permaneció durante una hora y media bajo el fuego de los fusiles y la artillería recogiendo y transportando a nuestros heridos. Gracias a su valentía y determinación, fueron recuperados todos los muertos y heridos.»

Al leer la mención honorífica, Rivers se asombró más aún de que Sassoon hubiera tirado la medalla. Ni siquiera el pacifista más extremo podía avergonzarse de una medalla concedida por salvar vidas. Se quitó las gafas y se frotó los ojos. Llevaba más de una hora examinando el expediente, y aunque ahora conocía todas las circunstancias del caso, no había avanzado en lo más mínimo en su comprensión del estado mental de Sassoon. Si acaso, el testimonio de Graves ante la Comi-

sión –con su hincapié en las alucinaciones– parecía indicar una psicosis en toda regla más que una neurastenia. Sin embargo no había ninguna otra prueba que lo avalara. Por desencaminada que estuviera la declaración, no era ilusoria, ilógica o incoherente. Sólo le extrañaba el hecho de que hubiera tirado la medalla. Sin duda eso había sido el acto de un hombre al límite de su resistencia.

Bueno, todos hemos pasado por eso, pensó. El problema era que le resultaba difícil examinar las pruebas con imparcialidad. Deseaba encontrar una enfermedad en Sassoon. Al tomar conciencia de eso, se interrumpió. Se levantó y empezó a pasearse por el despacho, de la puerta a la ventana y de la ventana a la puerta. En la vida sólo había visto otro caso similar: un hombre que se negó a seguir combatiendo por motivos religiosos. Las atrocidades se producían en ambos bandos, afirmaba. Entre británicos y alemanes, no sabía con qué quedarse.

El caso había llevado a acaloradas discusiones en la sala común de los médicos castrenses: sobre la libertad de la conciencia individual en tiempos de guerra y el papel del psiquiatra militar en el «tratamiento» administrado a un hombre que se negaba a combatir. Rivers, escuchando esas argumentaciones, no dudaba de la profundidad y seriedad de las distintas posturas. La controversia se atenuó al demostrarse que el paciente era un psicótico. Ése fue el quid de la cuestión. Un hombre como Sassoon siempre sería un problema, pero sería un problema mucho menor si estaba enfermo.

Rivers vio interrumpidos estos pensamientos por el crujido de unos neumáticos en la grava. Se acercó a la ventana a tiempo para ver detenerse un taxi y apearse a un hombre, que por su uniforme sólo podía ser Sassoon. Después de pagar al taxista, Sassoon se quedó allí inmóvil por un momento, contemplando el edificio. Al llegar a Craiglockhart por primera vez nadie se libraba de la intimidación que inspiraba aquella mole lúgubre y tenebrosa. Sassoon permaneció en el camino de entrada un minuto entero después de marcharse el taxi; por fin respiró hondo, cuadró los hombros y corrió escalinata arriba.

Rivers se apartó de la ventana, casi avergonzado de haber sido testigo de aquella pequeña victoria personal sobre el miedo.

La luz de la ventana situada detrás del escritorio de Rivers iluminaba directamente la cara de Sassoon. Tez pálida, ojeras moradas. Aparte de eso, ninguna otra señal evidente de trastorno nervioso. Ni tics, ni sacudidas, ni parpadeos, ni repetidos quiebros para esquivar un obús que había estallado hacía ya mucho tiempo. Mientras realizaban movimientos complicados con la taza, el platillo, la bandeja, los sándwiches, el pastel, las pinzas para los terrones de azúcar y la cucharilla, sus manos se mantenían perfectamente firmes. Rivers se llevó la taza a los labios y sonrió. Una de las cosas que más le gustaba de servir el té de la tarde a los pacientes recién llegados era que, después de eso, muchas pruebas neurológicas eran ya innecesarias.

De momento Sassoon aún no había mirado a Rivers. Estaba sentado con la cabeza un tanto ladeada, postura que podía interpretarse fácilmente como arrogancia, aunque posiblemente, sospechaba Rivers, era más bien por timidez. Hablaba con voz un tanto inarticulada, y las palabras a veces fluían de manera vacilante y otras atropelladamente. Un tartamudeo disimulado, quizá, pero un tartamudeo de toda la vida, pensó Rivers, no el tartamudeo reciente y embarazoso propio del neurasténico.

—Antes de que se me olvide: el capitán Graves ha llamado para decir que llegará en algún momento después de la cena. Le transmite sus disculpas por haber perdido el tren.

—¿Aún tiene intención de venir?

—Sí.

Sassoon mostró alivio.

—¿Sabe qué le digo? Creo que Graves no ha llegado a tiempo de coger un tren en su vida, a menos que alguien lo haya metido dentro.

—Estábamos muy preocupados por usted.

—¿Por si el chiflado desaparecía?

–Yo no lo expresaría así.

–He venido sin ningún problema. Ni siquiera me ha sorprendido no ver a Graves allí; he pensado que debía de haberse dormido. Últimamente ha estado... corriendo de un lado a otro en mi nombre. No se hace usted idea del trabajo que se requiere para manipular a una Comisión Médica.

Rivers se empujó las gafas hacia la frente y se masajó las comisuras interiores de los ojos.

–No, supongo que no me hago idea. Mire, quizá esto le parezca una ingenuidad por mi parte, pero... para mí... la acusación de que una Comisión Médica ha sido manipulada es bastante grave.

–Yo no tengo quejas. Me trataron de una manera muy justa y razonable. Quizá mejor de lo que merecía.

–¿Qué le preguntaron?

Sassoon sonrió.

–¿No lo sabe?

–He leído el informe, si se refiere a eso. Aun así, me gustaría oír su versión.

–Ah. «¿Opuse objeciones a combatir por motivos religiosos?» Contesté que no. En realidad, fue bastante gracioso. Por un momento pensé que me preguntaban si oponía objeciones a ir a una cruzada. «¿Me consideraba facultado para decidir cuándo debía acabar la guerra?» Dije que no me había planteado nada acerca de mis facultades. –Lanzó una mirada a Rivers–. Eso no es del todo verdad. Y luego... el coronel Langdon preguntó, o más bien afirmó: «Su amigo nos ha dicho que se le da muy bien lanzar obuses. ¿Ya no le desagradan los alemanes?».

Un largo silencio. Por detrás de la cabeza de Rivers el visillo ondeó formando un arco resplandeciente y una ráfaga de aire fresco les acarició la cara.

–¿Y usted qué contestó?

–No me acuerdo. –Ahora parecía impaciente–. Daba igual lo que dijese.

–Ahora no da igual.

–De acuerdo. –Una parca sonrisa–. Sí, se me da muy bien lanzar obuses. No, ahora ya no me desagradan los alemanes.

–¿Eso significa que en algún momento le desagradaron?

Sassoon pareció sorprenderse. Por primera vez oía algo contrario a sus presuposiciones.

–Brevemente. En abril y mayo del año pasado, para ser exactos.

Una pausa. Rivers esperó. Al cabo de un momento Sassoon continuó, casi de mala gana.

–Un amigo mío había resultado muerto. Durante un tiempo yo salí de patrulla todas las noches, buscando alemanes que matar. O mejor dicho eso era lo que yo quería creer. Al final no sabía bien si intentaba matarlos yo a ellos, o sencillamente les proporcionaba numerosas oportunidades para matarme ellos a mí.

–«Jack el Loco», como lo apodaron sus hombres.

Sassoon pareció desconcertado.

–Está visto que Graves ha hablado más de la cuenta, ¿eh?

–Es la clase de información que la Comisión Médica necesita saber.

–Rivers titubeó–. Asumir riesgos innecesarios es uno de los primeros indicios de la neurosis de guerra.

–¿Ah, sí? –Sassoon se miró las manos–. No lo sabía.

–Las pesadillas y las alucinaciones vienen después.

–Pero ¿qué es un «riesgo innecesario»? Mis mayores disparates los cometí cumpliendo órdenes. –Alzó la vista para ver si debía continuar–. Nos dijeron que fuéramos a quitar las insignias de regimiento a un cadáver alemán. Calcularon que llevaba muerto dos días, así que si conseguíamos las insignias, sabrían a qué batallón nos enfrentábamos. Luna llena, sin una sola nube, un absoluto disparate, pero allá fuimos. Al final llegamos allí... ¿y qué encontramos? Llevaba muerto muchísimo más de dos días, y para colmo era francés.

–¿Y qué hicieron?

–Le quitamos una bota y la mandamos al cuartel del batallón, con un buen trozo de la pierna izquierda dentro.

Rivers dejó pasar otro silencio.

–¿He de deducir que no vamos a hablar de pesadillas?

–Usted manda.

–Sí, ya. Pero una de las paradojas de ser un psiquiatra militar es que uno no llega muy lejos ordenando a sus pacientes que sean sinceros.

–Seré tan sincero como usted quiera. Sí tuve pesadillas cuando volví de Francia. Ahora ya no.

–¿Y las alucinaciones?

Esto le resultó más difícil.

–Lo que me pasaba era que, al despertar, las pesadillas no siempre acababan. Así que veía... –Un profundo suspiro–. Cadáveres. Hom-

bres con media cara arrancada de un disparo arrastrándose por el suelo.

—¿Y estaba usted despierto cuando eso ocurría?

—No lo sé. Debía de estarlo, porque veía a la hermana.

—¿Y siempre sucedía por la noche?

—No. Una vez ocurrió de día. Yo había ido a comer a mi club, y cuando salí, me senté en un banco, y... supongo que me adormilé. —Se obligaba a continuar—. Cuando desperté, la acera estaba cubierta de cadáveres. Viejos, nuevos, negros, verdes. —Torció el gesto—. La gente les pisaba la cara.

Rivers respiró hondo.

—¿Dice que acababa de despertarse?

—Sí. Dormía mucho de día, porque de noche me daba miedo dormirme.

—¿Cuándo terminó todo eso?

—En cuanto salí del hospital. El ambiente allí era un horror. Había un hombre que se jactaba de matar a prisioneros alemanes. Imagínese lo que era vivir con él.

—¿Y las pesadillas no se han repetido?

—No. Ahora sueño, claro, pero no con la guerra. A veces, cuando despierto, tengo la sensación de que el sueño continúa, como si hubiera una especie de estadio intermedio. —Vaciló—. No sé si eso es anormal.

—Espero que no. A mí me pasa a menudo. —Rivers se reclinó en la silla—. Cuando ahora rememora el tiempo que pasó en el hospital, ¿piensa que entonces estaba «traumatizado por el combate»?

—No lo sé. Una persona que fue a verme dijo luego a mi tío que ésa era la impresión que daba. Para rebatirlo, debo decir que durante mi estancia allí escribí uno o dos buenos poemas. Bueno... —Sonrió—. A mí me gustaron.

—¿No cree que es posible escribir un buen poema en un estado traumático?

—No, no lo creo.

Rivers asintió.

—Puede que tenga razón. ¿Me permitiría verlos?

—Sí, claro. Le daré una copia.

—Ahora me gustaría pasar a... las ideas en que se basa la declaración —propuso Rivers—. ¿Dice que sus motivos no son religiosos?

—No lo son ni mucho menos.

—¿Se describiría usted como pacifista?

—Diría que no. Me es imposible afirmar: «Ninguna guerra está justificada», porque no me he detenido a reflexionar en ello lo suficiente. Quizá algunas sí lo están. Quizá ésta lo estaba al principio. Lo que pasa es que no creo que los objetivos de nuestra guerra... sean cuales sean... y no los conocemos... justifiquen este nivel de mortandad.

—¿Y dice que sí se ha planteado cuál era el estado de sus facultades al afirmar eso?

—Sí. Soy muy consciente de la impresión que da. Un alférez, nada menos, diciendo «La guerra debe acabar». Por otro lado, he estado allí. Así que estoy al menos tan facultado como esos viejos que uno ve parlotear en los clubes sobre la «guerra de desgaste» y el «desperdicio de mano de obra» y... —Empezó a parodiar con saña la voz de un viejo—: «Numerosas bajas en esa última escaramuza». Uno no habla así si los ha visto morir.

—Ninguna persona inteligente o sensible hablaría así.

Una pausa un tanto incómoda.

—No digo que no haya excepciones.

Rivers se echó a reír.

—El caso es que usted odia a los civiles, ¿no? Los «insensibles», los «autocomplacientes», los «poco imaginativos». ¿O acaso «odio» es una palabra excesiva?

—No.

—¿Lo que siente ahora por la gran mayoría de sus compatriotas es, pues, lo mismo que sintió por los alemanes, durante un breve periodo, en la primavera del año pasado?

—Sí.

—Le diré que, a mi juicio, hizo bien en no hablar demasiado ante la Comisión.

—Eso no fue idea mía, sino de Graves. Temió que les pareciera demasiado cuerdo.

—Cuando ha dicho que la Comisión fue «manipulada», ¿a qué se refería?

—Me refería a que la decisión de mandarme aquí, o a otro lugar parecido, ya se había tomado antes de que yo entrara en la sala.

—¿Y eso lo preparó el capitán Graves?

–Sí. –Sassoon se inclinó–. La cuestión es que no iban a formarme un consejo de guerra. Simplemente iban a encerrarme en algún sitio...
–Miró alrededor–. Peor que éste.

Rivers sonrió.

–Sí hay sitios peores, créame.

–No lo dudo –admitió Sassoon cortésmente.

–De hecho, pretendían declararlo demente, ¿no?

–Supongo que sí.

–¿Alguien de la Comisión le comentó algo al respecto?

–No, porque ya lo habían...

–Preparado todo de antemano. Ya, comprendo.

–¿Puedo hacerle una pregunta? –dijo Sassoon.

–Adelante.

–¿Opina usted que estoy loco?

–No, claro que no. ¿Llegó usted a creer que estaba volviéndose loco?

–Se me pasó por la cabeza. Hágase cargo, cuando uno debe afrontar el hecho de que sí ha visto cadáveres en la acera...

–Por sorprendente que parezca, las alucinaciones en estado de semivigilia son muy corrientes, debe saber. No son lo mismo que las alucinaciones psicóticas. Los niños las tienen con frecuencia.

Sassoon había empezado a tirarse de una hebra suelta en la pechera de la guerrera. Rivers lo observó durante un momento.

–Debía de estar sufriendo mucho cuando hizo eso.

Sassoon bajó la mano.

–No. «Sufrir mucho» es estar tendido con las piernas cercenadas en el hoyo abierto por un obús. Yo estaba disgustado. –Por un instante pareció adoptar una actitud casi hostil; luego se relajó–. Fue un gesto inútil. No me enorgullezco especialmente.

–La tiró al Mersey, ¿no?

–Sí. No pesaba tanto como para hundirse, así que sencillamente...

–Un amago de sonrisa–. Se quedó meciéndose en el agua. Pasó un barco, bastante más lejos, en el estuario, y miré ese trocito de cinta que flotaba y luego miré el barco, y pensé que intentar detener la guerra era un poco como intentar detener ese barco. Ya me entiende, desde el puente sólo habrían visto una pequeña figura que daba saltos, que agitaba los brazos, y no habrían sabido por qué demonios estaba tan alterado.

—¿Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que era inútil?

Sassoon levantó la cabeza.

—Aun así, tenía que hacerlo. Ciertas cosas no pueden consentirse. Rivers vaciló.

—Oiga, creo que ya... ya hemos ido bastante lejos por hoy. Debe de estar usted muy cansado. —Se levantó—. Nos veremos mañana a las diez. Ah, ¿y podría pedirle al capitán Graves que venga a verme en cuanto llegue?

Sassoon se puso en pie.

—Hace un momento ha dicho que, en su opinión, no estoy loco.

—Estoy totalmente seguro de que no. De hecho, ni siquiera creo que tenga neurosis de guerra.

Sassoon asimiló el dictamen.

—¿Qué tengo, pues?

—Según parece, una neurosis de *antiguerra* muy profunda.

Los dos se miraron y se echaron a reír.

—Es usted consciente de que mi obligación es... es intentar cambiar eso, ¿verdad? No puedo pretender ser neutral.

Sassoon posó la mirada en los uniformes de ambos.

—No, claro que no.

Rivers tenía especial interés en sentarse al lado de Bryce en la cena.

—¿Y bien? —preguntó Bryce—. ¿A qué conclusión has llegado respecto a ese hombre?

—No encuentro nada fuera de lugar. No presenta el menor signo de depresión, no está alterado...

—¿Y físicamente?

—Nada.

—Quizá sea sólo que no quiere que lo maten.

—Bueno, creo que se sentiría en extremo insultado si le insinuaras una cosa así. Para ser justos, debo decir que le esperaba un puesto en Cambridge, en la instrucción de cadetes, así que en su caso no se trata de evitar la reincorporación. Podría haber aceptado ese destino si lo que quería era salvar el pellejo.

—¿Algún indicio de... esto... fervor religioso?

—No, me temo que no. Esa misma esperanza tenía yo.

Sonriendo, cruzaron una mirada.

–Verás, lo curioso es que ni siquiera creo que sea pacifista. Según parece, el problema se reduce única y exclusivamente al horror por la envergadura de la matanza, sumada a la indignación por el hecho de que el Gobierno no da a conocer los objetivos de la guerra ni impone ciertas *limitaciones* a todo esto. Y a eso se une un odio absolutamente corrosivo a la población civil, así como a los no combatientes de uniforme.

–Debes de haber pasado un mal rato.

–No te creas. Más bien pienso que me ve como una excepción.

Bryce pareció encontrarlo gracioso.

–¿Te ha caído bien?

–Sí, mucho. Y me ha... impresionado más de lo que esperaba.

Sassoon, sentado a su mesa bajo la ventana, permanecía en silencio. Los hombres que tenía a su lado padecían un tartamudeo tan acusado que toda conversación habría sido imposible, aun cuando él la hubiese deseado, pero se contentaba con abstraerse en sus propios pensamientos.

Recordó el día anterior a Arrás, yendo y viniendo a trompicones desde la trinchera avanzada hasta la trinchera principal, cargado de cajas de granadas para mortero, desfilando ante los mismos cadáveres una y otra vez, hasta que sus formas retorcidas y ennegrecidas empezaron a parecerle viejos amigos. En un momento dado pasó junto a dos manos que, como raíces de un árbol caído, sobresalían de un montículo de tierra caliza salpicado de hoyos y orificios. No había forma de saber si eran manos británicas o alemanas. No había forma de convencerse de que ese detalle tuviera alguna importancia.

–¿Juega usted al golf?

–¿Cómo dice?

–Le he preguntado si juega al golf.

Unos ojos azules y pequeños, un bigote rojo mordisqueado, una insignia del Real Cuerpo Médico del Ejército. Tendió la mano.

–Ralph Anderson.

Sassoon se la estrechó y se presentó.

–Sí juego.

–¿Cuál es su hándicap?

Sassoon le contestó. A fin de cuentas, ¿por qué no? Era un tema muy adecuado para un manicomio.

–Ah, pues entonces tal vez podamos jugar alguna vez.

—No he traído los palos, lamento decir.

—Pida que se los manden. Por aquí hay algunos de los mejores campos de golf del país.

Sassoon se disponía a responder cuando se armó un revuelo cerca de la puerta. Por lo que le pareció ver, alguien había vomitado. O al menos había allí de pie un hombre delgado, de tez amarillenta, sacudiéndose entre ahogos y arcadas. Dos mujeres, miembros del destacamento de voluntarias, corrieron hacia él. Cacareando y haciendo aspavientos, intentaron limpiarle la guerrera por medio de inútiles toquécitos con una servilleta, hasta que por fin tuvieron el sentido común de sacarlo del comedor. La puerta de vaivén se cerró a sus espaldas. Siguió un momento de silencio y luego, como si nada hubiera pasado, el zumbido de la conversación se alzó de nuevo.

Rivers apartó su plato y se puso en pie.

—Creo que será mejor que vaya a ver.

—¿Por qué no acabas antes? —sugirió Bryce—. Bastante poco comes ya. Rivers se dio unas palmadas en el vientre.

—Bah, todavía no voy a evaporarme.

Siempre que Rivers deseaba llegar a la planta superior sin que le detuvieran media docena de veces en el camino, iba por la escalera de atrás. Las tuberías discurrían por las paredes, ciñéndose a los recodos de la escalera, borboteando de vez en cuando como porciones de intestino humano. Estaba a oscuras, y en aquel ambiente cargado empezaron a escocerle las raíces del pelo a causa del sudor. Fue un alivio empujar la puerta de vaivén y salir al rellano del último piso, donde al menos el aire era fresco, aunque siempre lo deprimía aquel pasillo largo y estrecho, con sus dos hileras de puertas marrones, sin luz natural. «Una trinchera sin cielo», tal como lo había descrito un paciente, y Rivers mucho se temía que no le faltaba razón.

Burns estaba sentado en su cama, y dos voluntarias lo ayudaban a quitarse la guerrera y la camisa. Las clavículas y las costillas se le marcaban visiblemente bajo la piel amarillenta. Un amplio espacio separaba la cinturilla del pantalón y su vientre.

Una de las voluntarias tiró de la cinturilla.

—Aquí hay sitio para dos —comentó afectuosamente con una sonrisa—. ¿Me meto yo también dentro con usted? —El rostro inexpresivo de la otra voluntaria la advirtió de la presencia de Rivers—. Voy a limpiarle esto con una esponja, capitán.

Pasaron junto a Rivers apresuradamente y, al llegar al final del pasillo, estallaron en nerviosas risitas.

Burns tenía carne de gallina en los brazos, pese a que no hacía frío en la habitación. El aliento le olía aún a vómito. Rivers se sentó a su lado. No sabía qué decir, y pensó que era mejor guardar silencio. Al cabo de un rato notó que la cama empezaba a temblar y rodeó los hombros de Burns con el brazo.

–Las cosas no mejoran, ¿verdad? –preguntó.

Burns movió la cabeza en un gesto de negación. Poco después Rivers se levantó, fue a por el abrigo de Burns, colgado de una percha detrás de la puerta, y se lo puso en los hombros.

–¿Le resultaría más fácil comer en su propia habitación?

–Un poco. Así no tendría que preocuparme de si molesto a los demás.

En efecto, era muy propio de Burns preocuparse de si molestaba a los demás. Quizá el aspecto más angustioso de su caso era vislumbrar al joven alegre y simpático que debía de haber sido en otro tiempo.

Rivers examinó los antebrazos de Burns y advirtió que el surco entre cúbito y radio era aún más profundo que una semana antes.

–¿Le serviría de algo tener un cuenco con fruta en la habitación? –preguntó–. ¿Para picar algo cuando le apeteciera?

–Sí, quizá me vendría bien.

Rivers se levantó y se acercó a la ventana. Accede para que me sienta útil, pensó.

–De acuerdo, pediré que le suban algo. –Las sombras de las hayas empezaban a invadir ya las pistas de tenis, ahora vacías. Rivers se volvió de espaldas a la ventana–. ¿Qué tal ha pasado la noche?

–No muy bien.

–¿Ha observado algún progreso en cuanto a aquello de lo que hablamos?

–La verdad es que no. –Burns alzó la vista para mirar a Rivers–. No consigo obligarme a pensar en eso.

–Ya, bueno, aún es pronto.

–Verá, lo peor es... –dijo Burns escrutando el semblante de Rivers– que parece un... chiste.

–Ya.

Tras dejar a Burns, Rivers subió otro breve tramo de escalera, sacó una llave y abrió la puerta de la torre. Aparte de su habitación, aquél

era el único lugar de Craiglockhart donde podía aspirar a estar solo durante un rato más o menos largo, no sólo unos minutos. Los pacientes tenían prohibido el acceso, por si los treinta metros de altura desde allí hasta el suelo resultaban una escapatoria a la guerra demasiado tentadora. Apoyó los brazos en la balaustrada de hierro y contempló los montes.

Burns. Rivers se había convertido en un experto en descubrir aspectos soportables en experiencias insoportables, pero Burns había podido con él. Lo que le había pasado era tan vil, tan repugnante, que Rivers no encontraba ningún elemento redentor. Lanzado por el aire a causa de una explosión, había ido a caer de cabeza sobre un cadáver alemán, cuyo vientre hinchado de gas había reventado por el impacto. Burns, antes de perder el conocimiento, llegó a darse cuenta de que lo que se le había metido en la nariz y la boca era carne humana en descomposición. Ahora, cada vez que intentaba comer, se reproducían en su mente el sabor y el olor. De noche revivía la experiencia, y vomitaba al despertar de cada pesadilla. Burns de rodillas —como Rivers lo había visto a menudo—, arrojando hasta la última pizca de bilis, apenas parecía un ser humano. Daba la impresión de que su cuerpo hubiera quedado reducido a un simple envoltorio de piel y huesos para un conducto alimentario atormentado. Su sufrimiento carecía de propósito o dignidad, y sí, Rivers sabía a qué se refería Burns exactamente cuando decía que aquello parecía un chiste.

Rivers advirtió que tenía las manos apretadas en torno al borde del parapeto y las relajó conscientemente. Siempre que pasaba un rato con Burns lo asaltaban infinidad de dudas en las que en Cambridge, en tiempos de paz, quizá hubiera deseado ahondar, pero en la guerra, en un hospital desbordado, no tenían la menor utilidad para él. Eran peor que inútiles, ya que le consumían una energía que pertenecía a los pacientes por derecho propio. En cierto modo, eso no tenía nada que ver con Burns. La magnitud misma de su sufrimiento lo diferenciaba de los demás, pero esas mismas dudas se las planteaban casi todos los casos.

Bajó la vista y vio un taxi entrar en el camino de acceso. ¿Sería el errante capitán Graves, que por fin llegaba? Sí, allí estaba Sassoon: en su impaciencia, fue incapaz de esperar dentro y corrió escalinata abajo para recibirlo.

Título de la edición original: *Regeneration*
Traducción del inglés: Isabel Ferrer y Carlos Milla

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: abril 2014

© Pat Barker, 1991

© de la traducción: Isabel Ferrer y Carlos Milla, 2014

En esta edición de la obra se han reproducido textos de otros autores bajo las siguientes autorizaciones: Reproducción de los textos «Preludio: Las tropas» (extracto), «Retaguardia», «El general» y «Permiso por enfermedad», de Siegfried Sassoon, por cortesía de El Desvelo Ediciones y The Estate of Siegfried Sassoon, 2014. Traducción de Eva Gallud Jurado, 2011.

Reproducción de los textos «El lecho de muerte» (extracto), «El redentor» (extracto) y «A los belicistas», de Siegfried Sassoon por cortesía de The Estate of Siegfried Sassoon, 2014.

Reproducción de extractos de los poemas «Himno por los jóvenes malditos»

y «*The Next War*» por cortesía de The Estate of Wilfred Owen, 2014.

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014

© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2014

Preimpresión: Maria Garcia

Impresión y encuadernación: xxxxxxxx

Depósito legal: B. 24104-2013

ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15863-74-8

ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5800-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)